

Entwurf einer Bombenpost
[Der höhere Frieden (1792 oder 1793)]

La Marquesa de O.
***Die Marquise von O*, Heinrich Von Kleist (1777-1811)**

(Según una historia real cuyo escenario ha sido desplazado de norte a sur)

EN M..., ciudad muy principal de la Italia Superior, la marquesa viuda de O..., dama de intachable reputación y madre de varios hijos de buena crianza, hizo público en los diarios que había quedado, sin su conocimiento, en estado; que el padre del hijo que había de dar a luz diera noticias y que ella, por consideraciones familiares, estaba determinada a desposarse con él. La dama que, apremiada por circunstancias inmutables, daba con tamaña seguridad un paso tan extraordinario desafiando el escarnio del mundo, era la hija del señor de G..., comandante de la ciudadela cercana a M... Unos tres años antes había perdido a su esposo, el marqués de O..., al cual profesara el más hondo y tierno de los afectos, en el transcurso de un viaje que realizó éste a París por asuntos de la familia. De acuerdo con los deseos de la señora de G..., su digna madre, a la muerte de aquél había abandonado la quinta cercana a V..., donde hasta entonces habitara, y regresado con sus dos hijas a la Comandancia, la casa de su padre. Allí había pasado en el mayor retiro los años que siguieron, dedicada al arte, la lectura, a la educación de las niñas y el cuidado de sus padres, hasta que de improviso la guerra de ... atestó la región en torno con las tropas de casi todas las potencias, incluidas las rusas.

El mayor de G..., quien tenía orden de defender la plaza, conminó a su esposa e hija a retirarse a la finca rural de ésta última o a la del hijo, que se hallaba junto a V... Mas antes aún de que, sopesando a qué zozobras podrían verse expuestas en el fuerte y a qué horrores lo estarían en campo abierto, se hubiera inclinado la balanza de la femenina reflexión, ya se veía acosada la ciudadela por las tropas rusas e intimada a entregarse. El mayor declaró ante su familia que a partir de aquel momento obraría cual si ellas no se encontraran allí presentes, y respondió con balas y granadas. El enemigo por su parte bombardeó la ciudadela: incendió los polvorines, conquistó un baluarte exterior y al titubear el comandante, tras un último requerimiento, antes de entregar la plaza, ordenó entonces un ataque nocturno y tomó la fortaleza al asalto. En el preciso instante en que las tropas rusas, bajo una intensa lluvia de obuses, irrumpían desde el exterior, el ala izquierda de la Comandancia se prendió fuego, forzando a las mujeres a abandonarla. La esposa del mayor, mientras se apresuraba a seguir en pos de su hija, que huía escaleras abajo con las niñas, gritó que podrían permanecer juntas y refugiarse en las bóvedas del sótano; mas una granada que estalló en la casa justo en aquel momento completó la total confusión en ella reinante.

La marquesa vino a dar con sus dos hijas en la explanada del castillo, donde, en el ardor de la refriega, los disparos ya rasgaban centelleantes la noche y, sin saber a dónde dirigirse, la obligaron a regresar al edificio en llamas. Allí, por desgracia, cuando poco le faltaba para escabullirse por la puerta trasera, se topó con ella una tropilla de fusileros enemigos que de pronto, al verla, enmudecieron, se echaron las armas al hombro y, con abominables ademanes, la llevaron consigo. En vano gritaba la marquesa, tironeada ora aquí, ora allá por la espantosa cuadrilla que peleaba entre sí, pidiendo auxilio a sus doncellas que huían temblorosas por el portalón. La arrastraron hasta el patio trasero del castillo, donde a punto estaba, sometida a las más impúdicas vejaciones, de caer a tierra, cuando, atraído por los gritos de socorro de la dama, apareció un oficial ruso y ahuyentó con furiosos mandobles a los perros codiciosos de tal presa. A la marquesa se le antojó un ángel del cielo. Al último de los bestiales asesinos, que aún aferraba su esbelto cuerpo, lo golpeó con la empuñadura de la espada en el rostro, de tal suerte que retrocedió tambaleante, con la sangre brotándole a borbotones por la boca; ofreció entonces su brazo a la dama, dirigiéndose a ella cortésmente en francés, y la condujo, privada como estaba del habla por todos aquellos sucesos, al otro ala del palacio, aún no

alcanzada por las llamas, donde nada más llegar se desplomó ella inconsciente por completo.

Allí él, al aparecer poco después las espantadas doncellas, tomó medidas para que llamaran un médico; ajustándose el sombrero aseguró que la señora no tardaría en reponerse y regresó a la lucha.

Der verlegene Magistrat

El Adoptado.

***Der Findling*, Heinrich Von Kleist (1777-1811)**

Antonio Piachi, un acaudalado comerciante de terrenos asentado en Roma, veíase de tanto en tanto obligado por sus negocios a realizar largas travesías. Acostumbraba en tales casos a dejar a Elvira, su joven esposa, al cuidado de los parientes de ésta. Uno de dichos viajes lo condujo en compañía de su hijo Paolo, un muchacho de once años que le diera su primera esposa, a Ragusa. Acababa precisamente de declararse allí una pestilencia que sembraba el terror en la ciudad y sus alrededores. Piachi, a cuyos oídos no había llegado el hecho hasta encontrarse ya de viaje, se detuvo en las inmediaciones de la ciudad para recabar información sobre la naturaleza de aquélla.

Mas al tener noticia de que el mal se hacía día a día más preocupante y se estaba pensando en clausurar las puertas, la inquietud por su hijo se antepuso a todos los intereses mercantiles: tomó caballos y abandonó de nuevo la ciudad. Una vez extramuros advirtió junto a su carruaje a un muchacho que extendía las manos hacia él a modo de súplica y parecía ser presa de gran agitación. Piachi mandó parar y, a la pregunta de qué se le ofrecía, respondió el muchacho en su inocencia que «estaba contagiado y los alguaciles lo perseguían para conducirlo al hospital donde ya habían muerto su padre y su madre; y le rogaba por todos los santos que lo llevara consigo y no lo dejase perecer en la ciudad». Diciendo esto tomó la mano del viejo y la estrechó, cubriéndola de besos y lágrimas. Piachi estuvo a punto, en el primer arranque de espanto, de arrojar al chico lejos de sí; mas en aquel preciso instante, al demudarse éste y caer desvanecido al suelo, movió a compasión al buen anciano: echó pie a tierra con su hijo, metió al muchacho en el coche y prosiguió viaje, por más que no supiera qué diantres hacer con él. Aún andaba en el primer alto tratando con los posaderos sobre el modo y manera en que podría desembarazarse nuevamente del chico cuando, por orden de la policía, la cual algo había husmeado al respecto, fue detenido y, bajo custodia, devueltos él, su hijo y Nicolo, pues así se llamaba el muchacho enfermo, a Ragusa.

Todas las consideraciones por parte de Piachi sobre lo inhumano de tal disposición de nada sirvieron: llegados a Ragusa fueron conducidos en el acto los tres, bajo la vigilancia de un alguacil, al hospital, donde si bien él, Piachi, permaneció sano y Nicolo, el muchacho, se recuperó nuevamente de su mal, su hijo Paolo, con sólo once años, fue empero contagiado por aquél y murió al cabo de tres días.

Sobre el teatro de marionetas

-Hace unos tres años -narré- me estaba bañando con un joven, cuya formación irradiaba una gracia maravillosa. Debía andar por los dieciséis años, y las primeras huellas de vanidad, provocadas por el favor (Gunst) de las mujeres, sólo podían notarse muy lejos. Ocurría que poco antes habíamos visto en París al muchacho que se extrae la espina del pie [Elespinario]; la copia de la estatua es conocida y se encuentra en la mayoría de las colecciones alemanas. En el instante en que el joven apoyaba el pie sobre un taburete para secárselo, echó una mirada a un gran espejo, y su imagen le recordó esta estatua, sonrió y me comunicó que gran descubrimiento había hecho. En efecto, yo había descubierto lo mismo justo en el mismo instante. Pero, ya sea para probar la seguridad

de la gracia que en él moraba, ya sea para contrariar un poco su vanidad saludablemente, reí y le repliqué que veía fantasmas. Sonrojándose,

levantó el pie por segunda vez para convencerme; pero su intento, como era de esperarse, fracasó. Turbado, levantó el pie por tercera y cuarta vez, lo levantó hasta diez veces: ¡en vano! Era incapaz de producir de nuevo el mismo movimiento. ¿digo el mismo? Los movimientos que hacía tenían un elemento tan cómico, que me costaba reprimir la risa. Desde aquel día, a partir de aquel mismo instante, comenzó a producirse una incomprendible transformación en el joven. Empezó a pasar días enteros delante del espejo, y uno tras otro le fueron abandonando sus encantos. Un poder invisible y misterioso parecía ir aprisionando, como una red de hierro, el libre juego de sus gestos, y cuando había transcurrido un año ya no se podía descubrir en él ni siquiera una huella de la hermosura que había solido deleitar los ojos de las personas que lo rodeaban. Todavía vive alguien que fue testigo de aquel suceso singular y desgraciado y que podría atestiguarlo, palabra por palabra, tal como lo he narrado.-

Michael Kohlhaas Heinrich Von Kleist

En las riberas del Havel vivía hacia mediados del siglo XVI un tratante de caballos llamado Michael Kohlhaas, hijo de un maestro de primeras letras, y uno de los hombres más honrados y a la vez más terribles de toda su época. Hasta sus treinta años de edad, este hombre tan fuera de lo común hubiera podido ser considerado como modelo de ciudadanos. En una aldea que todavía hoy lleva su nombre, poseía una granja en la cual vivía tranquilamente con lo que le producía su oficio, educando a sus hijos en el temor de Dios, en el amor al trabajo y en la lealtad. No había uno solo de sus vecinos que no se hubiera aprovechado alguna vez de su generosidad o de su justicia; en una palabra, el mundo hubiera bendecido todavía hoy su memoria, si no hubiera pecado de excesivo en una virtud. Su sentimiento de la justicia, empero, le convirtió en asesino y bandolero.

Sobre la Reflexión (Una Paradoja)

En el mundo entero se encarece la utilidad de la reflexión; en especial aquélla de gran duración que, practicada con sangre fría, precede al acto. Si fuera yo español, italiano o francés no me extendería más en estas consideraciones. Pero como soy alemán, pienso endilgarle a mi hijo alguna vez el siguiente discurso, en especial si le da por abrazar la carrera de las armas.

„El momento oportuno para la reflexión, sábelo, se halla mucho más *después* que *antes* del acto. Cuando la reflexión se pone en marcha antes de la decisión, o en el instante mismo de ésta, parece sólo extraviar, obstaculizar y reprimir la fuerza necesaria para la acción, que brota del sentimiento soberano. Por el contrario después, una vez ejecutada la acción puede hacerse de la reflexión el uso para el que ella es concedida realmente al ser humano: a saber, cobrar conciencia de lo que en nuestro proceder fue defectuoso y caduco, y regular el sentimiento para otras ocasiones venideras. La vida misma es un combate contra el destino; y se relaciona con la acción análogamente a como con la lucha. El atleta, en el instante en que abraza a su contrincante, no puede proceder de ninguna manera atendiendo a otra cosa que no sean sus inspiraciones del momento; y quien quisiera pararse a calcular qué músculo contraer y qué miembro mover para alcanzar la victoria, ineluctablemente saldría perdiendo y resultaría derrotado. Pero después, cuando ya ha vencido o bien yace por tierra, puede resultar apropiado y no estar fuera de lugar reflexionar sobre la presión que derribó a su contrincante, o sobre qué pierna hubiera debido oponerle para mantenerse en pie.

Quien no tiene abrazada a la vida como uno de estos luchadores, y multiplicando sus miembros, después de todos los lances del combate, después de todas las resistencias, presiones, fintas y reacciones, experimenta y siente: ése no conseguirá imponer nada de nada en una conversación; y por descontado mucho menos en una batalla“.

Penthesilea (V. 2991-3043)

PENTESILEA (*A las amazonas que llevan el cadáver*)

¡Alto! ¿Qué lleváis ahí? Quiero saberlo. ¡Deteneos! (*Se abre paso entre las mujeres y llega hasta el cadáver*)

PROTOE

¡Oh, Reina mía! ¡No quieras saber nada!

PENTESILEA

¿Es él, vírgenes? ¿Es él?

UNA DE LAS PORTADORAS (*Después de depositar en el suelo el cadáver*)

¿Por quién preguntas?

PENTESILEA

No es imposible, ya lo veo. Puedo paralizar las alas de una golondrina, pero de modo que pueda ser curada el ala herida: con flechas, puedo también atraer al ciervo al parque. Pero el arte de disparar flechas es traicionero, pues nos guían la mano los pérfidos dioses cuando un tiro maestro da en el centro de la dicha... ¿Acerté a darle muy cerca? ¡Hablad! ¿Es él?

PROTOE

¡Oh, por las terribles potencias de Olimpo, no preguntes nada!

PENTESILEA

Retiraos! ¡Aun cuando sus heridas fuesen tan grandes como las fauces abiertas del infierno: yo quiero verlo! (*Alza el paño que cubre el cadáver*)
¿Quién de vosotras hizo esto, horribles criaturas?

PROTOE

¿Y tú lo preguntas?

PENTESILEA

¡Oh, Artemisa! ¡Oh, sagrada diosa! ¡Todo acabó para tu hija!

LA SUMA SACERDOTISA

¡Se derrumba!

PROTOE

¡Oh dioses inmortales del Olimpo! ¿Por qué no seguiste mi consejo? ¡Más te hubiera valido, oh desdichado, errar siempre, siempre, eternamente entre las sombras que eclipsaban el sol de tu razón que ver este día horripilante!... ¡Amada Reina, escúchame!

LA SUMA SACERDOTISA

¡Reina máa!

MEROE

¡Diez mil corazones comparten tu dolor!

LA SUMA SACERDOTISA

¡Levántate!

PENTESILEA (*Incorporándose a medias*)

¡Ah, estas rosas de sangre! ¡Ah, esta corona de heridas que ciñe su cabeza! ¡Ah, estos capullos que ya huelen a tumba y esperan el festín de los gusanos!

PROTOE

(con dulzura)

¡Y sin embargo fue el amor quien le coronó!

MEROE

¡Pero con excesiva fuerza!...

PROTOE

¡Y con las espinas de las rosas, con el deseo de que fueran para siempre!

LA SUMA SACERDOTISA

¡Aléjate!

PENTESILEA

¡Pero yo quiero saber quién tan despiadadamente rivalizó conmigo!... Yo no pregunto quién abatió a esta criatura viva. ¡Por nuestros augustos dioses eternos! Quien sea libre como un pájaro que se vaya lejos de mí. Lo que yo pregunto es quién me mató al muerto. Respóndeme a esto, Protoe.

PROTOE

¿Qué dices, Soberana?

PENTESILEA

Quiero que me comprendas: No quiero saber quién arrebató de su pecho el rayo de Prometeo. No quiero saberlo, simplemente no. Tal es mi capricho. Que le sea perdonada su acción, que huya. Pero, oh Protoe, a quien, para robar el tesoro de ese templo, entró en él, atravesando sus niveas paredes de alabastro, y evitó las puertas abiertas, aquel que a este joven, imagen de los dioses, así desfiguró, de suerte que ya ni la vida ni la descomposición se lo disputan para apropiárselo, a aquel que lo desfiguró a tal punto que ni la misma piedad se atreve a llorarlo, y el amor inmortal, como una ramera, aun en la muerte le es infiel, y le vuelve la espalda, a ése quiero entregarlo a mi venganza. ¡Habla!

PROTOE *(a la LA SUMA SACERDOTISA)*

¿Qué se puede responder a esta demente?...

PENTESILEA

Bien, ¿me lo decís, por fin?

MEROE

¡Oh, Reina mía! ¡Si es que para aliviar tu dolor necesitas sacrificar a alguien a tu venganza, sacrifica a quien quieras! Aquí estamos todas dispuestas a ofrecernos.

PENTESILEA

¡Cuidado, serán capaces de decir que fui yo!

LA SUMA SACERDOTISA *(Tímidamente)*

¿Y quién, desdichada, sino tú?

PENTESILEA

¿Qué te atreves a decir tú, princesa infernal cubierta con túnica de luz?

LA SUMA SACERDOTISA

¡A Diana invoco por testigo! ¡Deja que todas las huestes que te rodean te lo confirmen! ¡Fue tu flecha la que le alcanzó y, por el cielo, si sólo hubiera sido tu flecha! Pero cuando se desplomó al suelo te lanzaste, en el desvarío de tus salvajes sentidos, sobre él, junto a todos tus perros, y le hincaste... - ¡oh, mis labios tiemblan al decirlo!-. ¡No me preguntes más lo que hiciste! ¡Vámonos ya!

PENTESILEA

Tengo que oír esto de mi Protoe.

PROTOE

¡Oh, Reina mía, no me preguntes nada!

PENTESILEA

¿Cómo? ¿Es que yo? ¿Fui yo?... ¿Entre mis perros?... ¿y con estas manitas mías... yo...?
¿Y con esta boca henchida de amor? ¿Ah, que fue hecha para una cosa tan distinta de la de ...? Alegremente, ayudándose siempre la boca a las manos, y luego las manos a la boca, ¿es que ahora...?

PROTOE

¡Oh, Reina!

LA SUMA SACERDOTISA

Yo lo proclamo. ¡Ay de ti!

PENTESILEA

No, escuchadme, no me convenceréis. Aunque lo escribiesen relámpagos en la noche, y me lo gritaran las voces del trueno, yo gritaría a ambos: ¡Mentís!

MEROE

¡Dejadle con su fe inmovible como las montañas! No seremos nosotras quienes la conmovamos.

PENTESILEA

¿Cómo es posible que no se defendiera?

LA SUMA SACERDOTISA

¡El te amaba, desventurada! ¡Quería entregarse a ti, prisionero! Y por ello se acercaba! ¡Por eso te desafió a un nuevo combate! Acudió a ti con el pecho henchido de dulce sentimiento de paz, dispuesto a seguirte al templo de Artemisa. Pero tú...

PENTESILEA

¡Ah, ah!

LA SUMA SACERDOTISA

Tú le heriste...

PENTESILEA

Y le despedacé.

PROTOE

¡Oh, Reina mía!

PENTESILEA

¿O no fue así?

MEROE

¡Oh, cruel!

PENTESILEA

¿No le di, acaso, muerte a besos?

LA SUMA SACERDOTISA

¡Oh, cielos!

PENTESILEA

¿No? ¿No le besé? ¿Lo despedacé, entonces? ¡Hablad!

LA SUMA SACERDOTISA

¡Ay, ay! Vuelvo a gritarte. ¡Ay de ti! ¡Ocúltate! Que una oscura noche te cubra eternamente.

PENTESILEA

...Entonces fue un error. Besos, mordiscos¹, parece que riman, y quien ame de todo corazón puede confundir los unos con los otros.

MEROE

¡Ayudadla, oh dioses!

PROTOE (*Cogiendo a Penthesilea*)

¡Vámonos!

PENTESILEA

¡Déjame, déjame! (Se suelta y cae de rodillas ante el cuerpo de Aquiles) ¡Tú, el más desdichado de los hombres, tienes que perdonarme! ¡Por Diana, te juro que si me expresé tan erróneamente fue porque no era dueña de mis labios. Pero ahora te digo, con toda claridad: esto, amado mío, y nada más (Lo besa)

LA SUMA SACERDOTISA

¡Lléváosla de aquí!

MEROE

¡Sí! ¿Qué más puede hacer aquí?

PENTESILEA

¡Cuántas veces, abrazadas al cuello de su amigo, la mujer le dice que le aman tanto que se lo comerían a besos! Pero poco después de haber dicho tales palabras la loca ya está harta y asqueada. Yo no he obrado así, amor mío. Mira, cuando me colgué de tu cuello cumplí palabra por palabra; así es que no estaba tan loca como parecía.

MEROE

¿Qué monstruosa criatura? ¿Qué es lo que está diciendo?

LA SUMA SACERDOTISA

¡Cogedla! ¡Sacadla de aquí!

PROTOE

¡Ven, Reina mía!

PENTESILEA (*Deja que la levanten*)

Bien, está bien. Aquí estoy.

LA SUMA SACERDOTISA

¿Luego, estás dispuesta a seguirnos?

PENTESILEA

¿A vosotras? ¡No!... Id a Temiscira y sed felices, sí podéis..., sobre todo mi Protoe..., todas vosotras..., y ... en confianza, quiero deciros algo que nadie debe oír. ¡Aventad las cenizas de Tenais!

¹ En alemán: *Küsse*: besos; *Bisse*: mordiscos

PROTOE

¿Y tú, hermana querida de mi corazón?

PENTESILEA

¿Yo?

PROTOE

¡Tú!

PENTESILEA

Te lo diré, Protoe. Renuncio a la ley de estas mujeres, y seguiré a este joven.

PROTOE

¿Cómo, Reina mía?

LA SUMA SACERDOTISA

¡Desdichada!

PROTOE

¿Es que quieres?...

LA SUMA SACERDOTISA

¿Es que piensas..?

PENTESILEA

¡Sí, lo pienso!

MEROE

¡Oh, cielos!

PROTOE

¡Hermana de mi alma, permíteme decirte unas palabras! (Intenta arrebatarle la daga)

PENTESILEA

¿Qué sucede? ¿Qué pasa?... ¿Qué buscas en mi cinto?... ¡Ah, sí! ¡Espera! ¡Es que no te entendía!... ¡Aquí tienes mi daga! (*Se saca la daga del cinto y se la tiende a Protoe, sin entregársela*) ¿Quieres, también, las flechas! (*Descuelga la aljaba del hombro*) Aquí dejo todas las flechas! (*Tira todas las flechas al suelo*) Pensándolo bien, por mi parte, sería muy agradable... (*Vuelve a tomar algunas flechas*) ¿Fue ésta?... ¿No? ¿O fue esta otra?... ¡Sí, sí, ésta era! ... Pero ¿qué importa? ¡Tómala! ¡Toma todos mis dardos..., tómalos! (*Recoge de nuevo todo el haz y lo pone en manos de Protoe*)

PROTOE

¡Dame!

PENTESILEA

Porque ahora desciendo al fondo de mi pecho como a un precipicio, y de él extraigo, frío como el metal, un sentimiento destructor. Este metal lo purifico en el fuego ardiente del dolor, hasta endurecerlo como el acero; luego lo templo todo en el veneno corrosivo de los remordimientos, lo pongo sobre el yunque eterno de la esperanza, y así, agudo y afilado, se convierte para mí en un puñal, y a este puñal ofrezco ahora mi pecho. ¡Así! ¡Así! ¡Así! ¡Y otra vez más! ¡Así está bien ahora! (*Cae y muere*)

PROTOE (Sosteniendo a la Reina)

¡Muere!

MEROE

¡En verdad, le siguió!

PROTOE

¡Salve a ella! Pues aquí ya no podía permanecer. (La deposita en el suelo)

LA SUMA SACERDOTISA

¡Ah, cuán frágil es el ser humano, oh dioses! ¡Esta que aquí yace aniquilada, cuán orgullosa hace poco se remontaba hacia las más altas cimas de la vida!

PROTOE

¡Sucumbió porque estaba floreciendo con demasiada fuerza y orgullo! ¡La encina muerta resiste al temporal, mas los árboles sanos y vigorosos son descuajados porque su espesa copa es fácil presa de la furia de la tormenta!

Allerneuester Erziehungsplan

Berliner Abendblätter, Bl. 46; III, 366f.

Anekdote

AN MARIE VON KLEIST, <Berlin, August 1811.>

**AN ULRIKE VON KLEIST, <Stimmings Krug bei Potsdam, 21. November 1811.
Do.>**

Todeslitanei: Kleist An Henriette Vogel, HENRIETTE VOGEL AN KLEIST